bia robado su amor, cuando se anunció que la princesa Juana de Borgoña vendria en peregrinacion á la iglesia colegiata de Luzarches á visitar las reliquias de los santos Cosme y Damian, en accion de gracias por una curacion debida á la intercesion de aquellos.

La ceremonia fué completa; Juana de Borgoña besó devotamente las reliquias que le presentó un obispo, y viéndolas en una pobre urna, hizo dar á la colegiata una fuerte suma para que aquellos santos despojos fueran guardados en una caja de plata magníficamente cincelada.

Esta liberalidad, que pronto llegó à conocimiento de la multitud, escitó transportes de entusiasmo y aclamaciones de alegria.

En aquel momento una muger que llevaba el cabello en desórden y que estaba apénas cubierta con restos de vestidos, hechos pedazos, se lanza entre la multitud hasta ponerse junto á la princesa; su semblante está marchito, pero todo el mundo ha reconocido en ella á Juana, la huérfana de Luzarches. El espanto y el estupor general hacen que tenga libre la accion y la palabra; solo Juana de Borgoña ha permanacido firme é impasible.

—Devuélveme á mi bien, á mi Enguerrand que me robaste, esclama la muger delirante.

—Dios se ha retirado de tí, desgraciada; contestó tranquilamente Juana de Borgoña. Oremos!

—Y el demonio se ha apoderado de tì. Tú has muerto á Enguerrand, tú lo asesinaste, lo mismo que à cuantos han servido á tus desórdenes. Todo lo sé, Juana de Borgoña, todo, y á la faz de los prelados, nobles, señores y habitantes aquí reunidos, te acuso de haber asesinado cobardemente á Enguerrand, señor de Champlatreux.... Yo pido el juicio de Dios....

No pudo acabar; su boca se llenaba de espuma; cayó en tierra y se retorcia con espantosas convulsiones, lanzando horribles ahullidos.

Todos se alejaron horrorizados, y los mismos sacerdotes no se atrevian á acercarse á ella para practicar el ecsorcismo, único remedio conocido entónces. Ella se levantó y sin que nadie pensase en detenerla, ganó de nuevo los bosques y las colinas.

Por mucho tiempo afirmaron las gentes del campo que durante la noche repetian espantosos gritos los ecos del valle; se hablaba de una muger á quien se veía errar por las rocas; las creencias populares, siempre dispuestas á lo maravilloso, pretendieron que la loca de Luzarches pronunciaba oráculos.

La iglesia parroquial de Luzarches tiene esculturas de diferentes edades, à algunas partes del santuario se designa el siglo XIII, à la portada y á la torre el XVI.

El castillo de Luzarches, que contenia la iglesia colegiata, fué muy importante; el rey Luis VI que lo tomó à un usurpador, lo devolvió à su poseedor legítimo con una fuerte guarnicion. Los señores de Luzarches dependian por una parte del obispo de Paris y por otra del condado de Clermont. El rey Luis XI, de quien quisieron hacerse vasallos, se rehusó á entrar en arreglos que pudieran ponerlo à él mismo bajo la dependencia del obispado de la capital de su reino.

Por el siglo XVII el señorío de Luzarches, compuesto de dos tierras, recayó por mitad en una de las ramas de la casa real y en la familia Molé; todavía se conserva la dependencia del arzobispado de Paris. El castillo no es hoy mas que un monton de ruinas: en el siglo último aun encontraban alojamiento algunos canónigos en los departamentos inferiores.

Actualmente, Luzarches, lejos del ruido del mundo político, despues de los acontecimientos que agitaron su ecsistencia de otra época, no es mas que una colonia agrícola, vasto cortijo poblado de 1800 almas que concentran todas sus emociones de la semana en el mercado del viérnes.

II.

Luzarches y Champlatreux están intímamente unidos por la procsimidad de los lugares y por el lazo de la historia; una sola familia parece haber presidido á sus destinos comunes, y es la raza parlamentaria de los Molé, nombre frecuentemente citado en los anales de la Fronda, y que mas tarde volverémos á encontrar en los hechos de la polìtica contemporánea.

El castillo de Champlatreux es uno de los monumentos mas históricos de los alrededores de Paris: tanto así los recuerdos que á él se refieren ocupan un lugar vivo y animado en las crónicas íntimas de nuestras revoluciones. Su aspecto y el de sus entradas tienen el aire de señorìo: no sabemos à que tiempo se remonta su construccion primitiva; pero lleva con altivez las señales de la arquitectura que el reinado de Enrique IV legó al de Luis XIII y que ha precedido á la grave y cargada magestad del siglo de Luis XIV.

Para nosotros, los monumentos no tienen una significacion sino cuando hablan de los hombres y de las cosas.

En una de sus retiradas de descanso al castillo de Champlatreux, fué cuando M. Molé, que vive actualmente, escribió él mismo la noticia bio-

gráfica del mas ilustre de sus abuelos, Mateo Molé. El principio de ese escrito presenta con honor el sentimiento que lo ha dictado.

Tiene mayor atractivo escribir la vida privada de un grande hombre, dice el conde Molé, que su historia. Se desea descansar de la admiracion causada por el héroe: se consuela uno á la vez con el espectáculo de sus virtudes y el de sus debilidades. Se cree vivir familiarmente con él miéntras se le observa de cerca; pero si acaece que el escrito descienda de aquel cuya gloria se esfuerza en consagrar, si las virtudes que pinta forman su herencia y le imponen grandes obligaciones; si, en fin, no puede alabar sin humillarse á sí mismo, su empresa muestra entònces mas piedad que satisfaccion por escribir, y debe suponerse que ha sido guiado mas del deseo de pagar uua deuda sagrada, que de la idea de divertirse. Tengo, pues, aquí necesidad de una doble indulgencia; ansìo, porque leyendo esta obra, no se piense mas que en el sentimiento que la ha dictado; bajo este respecto el ejemplo que doy no será indigno de ser seguido y podrá servir para reanimar el culto abandonado de los antepasados. Porque miéntras ardia Troya pocos imitaron al piadoso Eneas: en cuanto á mí, ménos dichoso que aquel, no he podido salvar á mi padre; pero jamas me separaré de mis dioses domésticos."

El biógrafo recorre entónces un espacio de setenta y dos años, desde 1584 hasta 1656, con una soltura que parece no haber encontrado mas que para ese trabajo: la flema habitual al escritor, al autor y al político, cedió el lugar á lo que el amor de familia puede inspirar de mas ferviente. Mateo Molé, descendiente de magistrados llenos de honor y rodeados de consideraciones, fué en cierto modo educado por la Liga, y el espectáculo que vió en su infancia se apoderó de tal manera de su corazon y de su espíritu, que despues à menudo en el curso de su vida dominaba desde muy alto á los hechos y á los hombres: él no podia bajarse hasta la intriga. Tenia ménos de treinta y tres años cuando fué nombrado por el rey Luis XIII procurador general en el parlamento de Paris: Richelieu no lo amaba; pero apreciaba su valor. El conde de Molé, en el asilo de Champlatreux, no disimuló nada de las debilidades de su austero abuelo; confiesa que al entrar en el mundo contrajo relaciones que no se le vió romper sino cuando una larga esperiencia le mostró el peligro de ellas. El amigo y casi el discìpulo del abate de Saint-Cyran instó con empeño al cardenal para obtener la libertad de aquel hombre de bien á quien Richelieu habia hecho encerrar en Vincennes. Se cuenta que el ministro, impaciente por aquellas instancias repetidas tomò del brazo al procurador general y le dijo: «M. Molé es un hombre honrado, pero algo tenaz." La probidad de Mateo Molé ha permanecido hereditaria, pero su energía no ha llegado á sus descendientes sino debilitada y minorada.

Mas tarde comprendió la necesidad de templar su rigidez escesiva: así es que M. el conde de Molé su descendiente, escribió estas notas con secreta complacencia. «La juventud virtuosa madura tarde: no debe, pues, causar admiracion que Mateo Molè no conociera mas temprano la moderacion que *hace útiles á todas las virtudes.* Cuando llegó á poseerla, no tuvo mas que recibir de la esperiencia ó del tiempo.

En aquella tormenta de la Fronda à la que hechos recientes le han sacado grande ventaja, sabido es el valor y la magestad de actitud con que Mateo Molé, primer presidente á la sazon del parlamento de Paris, luchó contra el doble despotismo de la corte y del pueblo. Nadie ha llevado tan léjos el valor civil, el mas glorioso de todos. Su rivalidad con el coadjutor, la oposicion de aquellos dos hombres tan diferentes uno de otro y à quienes las circunstancias ponian frente á frente, son bien y delicadamente juzgadas por el conde de Molè: él hace valer con mucho arte y habilidad las palabras de afecto y de vigor que el primer presidente encontraba en su corazon para el pueblo, ó las que pedia á su talento contra el cardenal de Retz. Se le llamaba indistintamente *barba grande* ó *barba gris*, y ese doble nombre fuè siempre el espanto de los malvados y de los perversos. Hé aquì la conclusion.

«Nacido con una imaginacion viva y un espíritu contemplativo, no habia consultado á su natural en la eleccion de sus virtudes. Su vida toda consagrada al bien público no presenta el menor retorno á sus primeras inclinaciones. El magistrado habia reemplazado al hombre y sus facultades estaban arregladas sobre sus deberes. Al tèrmino de su carrera, no se notó que se despertaran en él los pesares ordinarios à los ancianos. No sintió la necesidad de ir á gustar en el retiro de la memoria de sus sacrificios. Ignoró esa especie de desvarío de los últimos dias, que producen las ilusiones destruidas y que consuela de todo lo que se escapa, por el placer del desengaño.

«Escento de enfermedades y de melancolía, como un operario robusto al fin de su tarea, se durmió."

Habiamos venido á Champlatreux á pedir á las piedras voz, y una humana respondió á las cuestiones que nuestros pensamientos dirigian al edificio. Esa voz era grave, era la de un hombre que atravesó tambien con auspicios diversos las vicisitudes políticas; esa voz nos decia: en un tiempo en que todos se abandonaban á sus pasiones, tanto mas impunemente cuanto que el escándalo habia hecho desaparecer la repugnancia del desórden, Mateo Molé escogió una vida toda de sacrificios bajo el puñal de los asesinos. A aquel asilo de paz fué á reposar de una ecsistencia tan agitada, buscando en el seno de su familia los goces mas puros y abriendo su al-

ma entera á aquellos desconsuelos. El mayor de sus hijos, M. de Champlatreux, era el mejor y mas vigilante de los amigos de su padre.

M. el conde de Molè, á quien se han dirigido las miradas políticas durante medio siglo, actual propietario del castillo de Champlatreux, es el hijo único de Molé de Champlatreux, presidente en el parlameuto de Paris, heredero directo de un nombre llevado con mucho honor en la magistratura.

A la edad de veinte años, un primer escrito, *Ensayos de moral y de política*, lo señaló à las miradas de Napoleon, quien no aprobó el estilo ni las ideas del autor; pero llamó su atencion un talento del que podian obtenerse otros resultados. Del consejo de Estado, al que entró en calidad de auditor, pasó á la direccion general de puentes y calzadas, y fué admitido en la intimidad de trabajo del emperador. Su esactitud y concision agradaron al gefe del Estado; se distinguia, sobre todo, por lo que ingeniosamente se ha llamado una juventud madura. Nombrado sucesivamente gran juez en gefe del consejo de regencia, la catástrofe de 1814 halló á M. Molé en Blois cerca de la emperatriz María Luisa.

El proceso del mariscal Ney, en el que M. Molé, uno de los jueces de la corte de los pares, se mostró el mas ardiente adversario de *la convencion de Saint-Cloud*, que debia salvar al acusado, es una de sus peores memorias. Se refiere que despues de la sentencia, un viejo senador que habia votado por la absolucion, dando en la espalda á M. Molé, le dijo:

—Vámonos; hoy dormirémos mejor: muchas gentes se arrepentirán. En nuestros dias se puede fusilar á un príncipe de antigua raza; esto se olvida; pero no se olvidará jamas la muerte de este príncipe de la espada.

El triste papel que representó M. Molé en el fin deplorable del príncipe de la Moskowa, nos trae á la memoria una anécdota muy siugular, si lo que vamos à decir es cierto. Juzgad qué sensacion tan profunda, qué movimiento de sorpresa y terror causaria en otro tiempo el nombre solo del mariscal Ney en el salon de M. Bellart, procurador general que pidió y obtuvo la cabeza del ilustre proscrito: una noche, algunos dias despues de la ejecucion militar del desgraciado soldado del imperio, habia reunido M. Bellart en su casa á lo mas selecto del foro, de la magistratura, de la alta sociedad y del ejército; se hablaba, se reía, se cantaba y se bailaba con acompañamiento de piano. Repentinamente un lacayo se presenta á la puerta de la gran sala, y como si anunciase la presencia de un nuevo convidado, dice con voz sonora: M. el mariscal Ney!....

En el momento cesan las cuadrillas; los sonidos melodiosos espiran en los labios de los cantantes; el piano pierde todas sus notas; la conversacion todo su ruido; el juego toda su curiosidad; el placer todo su encanto, y la

política todo su poder; felizmente los mariscales atravesados de doce balas no vuelven: pronto volvió todo el mundo de su turbacion y lúgubre estupor, y el necio page fué despedido al momento por haber confundido e nombre del *mariscal Ney*, con el de un amigo de la casa, M. *Maréchal aîné*

Se ha pretendido que M. Molé perteneció á cierta escuela política; difícil es adivinar sus principios por su conducta, la que, bajo apariencias de continuidad, es de una gravedad facticia y ligera: su palabra es seca, dogmática y àrida; no *constitucionalizó* lo bastante sus formas imperiales.

M. Molé tiene sesenta y cuatro años, es alto, flaco, tiene el rostro largo y huesoso, el color muy moreno, barba saliente; su paso es lento y altivo. Es el último de los grandes señores políticos, y dista mucho de la actividad de las ideas nuevas. Cuando entró á la academia francesa, costó trabajo descubrir sus títulos literarios; mas no comprendemos por qué se olvidó en esa época la noticia biográfica sobre Mateo Molé.

En 1838 el conde Molé, presidente del consejo de ministros, tronaba en Champlatreux, despues de la sesion de las vacaciones polìticas. Un dia, fué el 11 de Agosto, se puso en movimiento el lugar, la avenida del castillo se cubrió de trenes; era el rey de los franceses acompañado de los otros ministros, que iban á celebrar consejo en la casa del presidente.

Una ordenanza real fué deliberada y firmada allí.

Hé aquí su tenor.

Art. 1.° El departamento de hacienda, confiado interinamente por ordenanza de 16 de julio de 1838 á M. Martin (del Norte), nuestro ministro secretario de Estado en el departamento de obras públicas, agricultura y comercio, queda desde hoy á cargo de M. Lacave-Laplague.

Dado en el castillo de Champlatreux, á 11 de agosto de 1838.—Firmado: LUIS FELIPE, y refrendado por N. Martin (del Norte).

El mismo dia el rey, la reina, Madama la princesa Adelaida, la princesa Clementina, el duque de Aumale, el de Montpensier, el conde de Montalivet y los ayudantes de campo, comieron en Champlatreux.

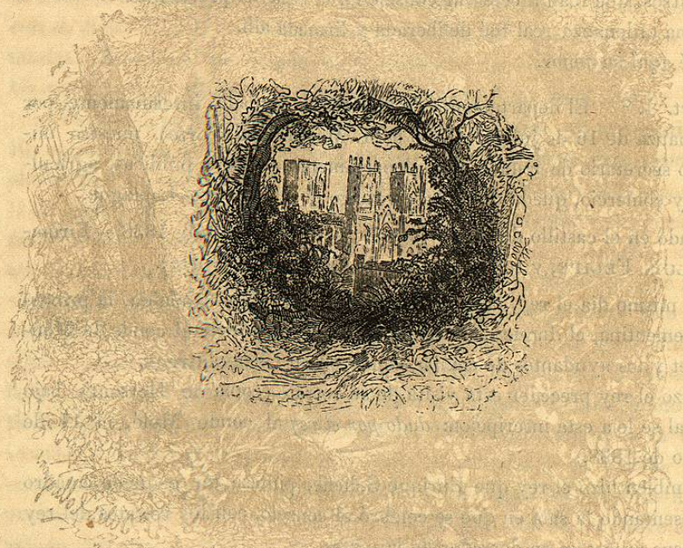
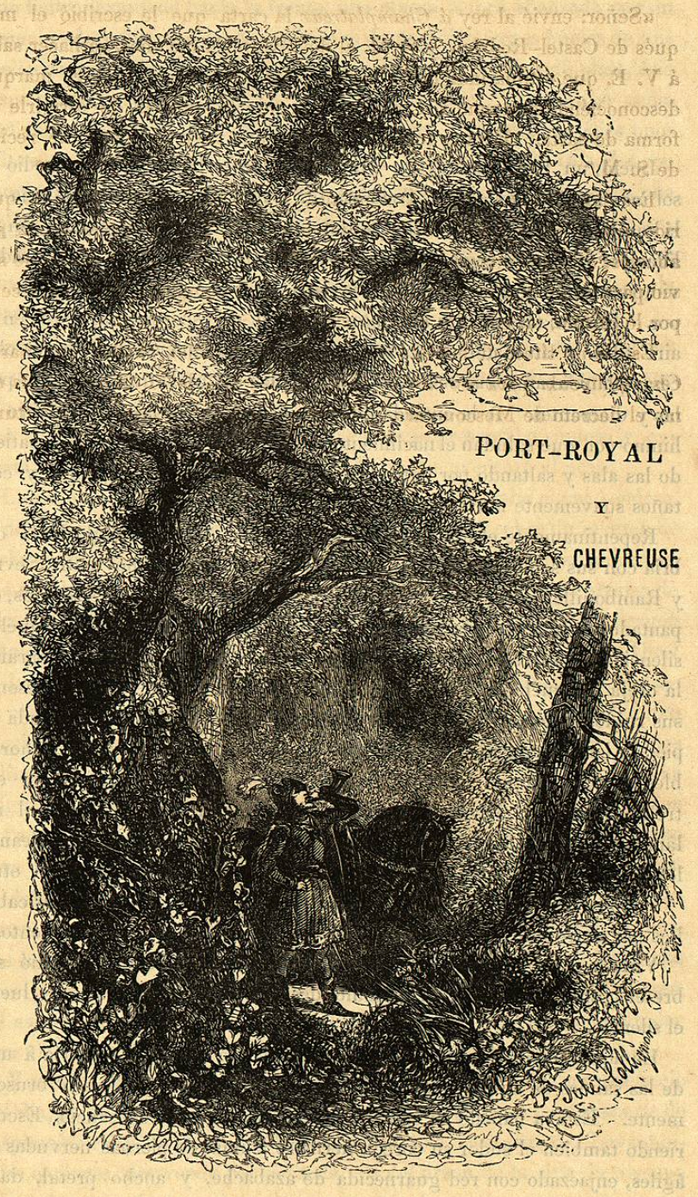
Hizo el rey preceder esta visita de su retrato (copia de Herseut), bajo el cual se leìa esta inscripcion: *dado por el rey* al conde Molé, el 11 de agosto de 1838.

Tambien hizo el rey que Enrique Scheffer pintase un pequeño cuadro representando la sala en que se celebró el consejo, con los retratos del rey y de sus ministros en derredor de la mesa.

Luis XV honró tambien á Champlatreux con su presencia, segun aparece de una carta escrita por M. de Lionne al marqués de la Fuente en 18 de Mayo de 1667:

«Señor: envié al rey *á Champlatreux* la carta que le escribió el marqués de Castel-Rodrigo, y S. M. al devolvérmela me encarga hacer saber á V. E. que estima indigno de sì responder á un libelo que el marqués desconociéndose mucho á sí mismo, ha tenido la audacia de dirigirle en forma de carta. Esta es toda la respuesta que tuve el honor de recibir de S. M."

Ese castillo tuvo un dia de residencia real. El conde de Molé ha querido que la memoria de ese dia, que honró tanto su morada y la de sus abuelos, quedase intacta, y no ha permitido se toque á nada de lo que sirvió para aquel acto. La sala del consejo en Champlatreux permanecerá, por lo mismo, tal como la dejó la partida del rey.

Es ese un título de nobleza que muchas residencias pueden envidiar á Champlatreux: para ese castillo la ordenanza real de 11 de agosto, es como el decreto de Moscou para el Teatro Frances, el apogeo de su fortuna.

EUGENIO BRIFFAULT.